

De falleras y piojos

A veces queremos agradecer tanto a nuestras madres que nos anulamos a nosotras mismas. Si el yo individual de una persona adulta es como un polizón en un transatlántico, el yo de una niña es como el piojo del polizón.

A mediados de marzo irremediablemente me convertía en un piojo vestido de fallera.

Primero venían las medias caladas de algodón blancas, las enaguas almidonadas, los zapatitos de tacón, para todas menos para mí. Luego peinaban con raya al medio mi flequillo, empapándolo con litros y litros de Nenuco, toda la habitación olía a limón. Me plantaban las tres ensaimadas peludas, las dos pequeñas encima de las orejas y la gorda en la nuca, fijándolas con más ganchos de los que cabían en la cabeza de una niña de 6 años, restándome movimiento.

Recuerdo el dolor del pelo estirado hasta la lágrima involuntaria:

—¡Guapísima!— decían complacidas, mi madre, mi abuela, mi tía.

Después venían las peinetas metálicas que incrustaban a presión, bajaban los moños un poco al atravesar el firme ejército de ganchos que los aguantaban.

Quejarse era inútil.

El siguiente paso del ritual era subir los brazos estirados para poder deslizar, como un donut, la preciosa falda adamascada por mi cabeza. Corpiño, pañoleta, delantal, pendientes y aderezos y ya estaba lista para pasar al menos una hora sentada en el minúsculo taburete blanco, de railite, para que la falda no se arrugara, mientras arreglaban a mis hermanas. La pequeña era la que tenía más suerte de las tres: era una bebé sin moños.

Acto seguido tocaba el primer pasacalle de la Falla. El horror.

Aquella tortura interminable armada con un ramo más grande que yo, cuando tocaba la ofrenda, recorriendo València por el medio de la calle, flanqueada por hordas de familiares del batallón de niñas falleras, se me hacía aun más odioso por culpa de mis botitas. Veía los pies de las otras falleritas, con sus zapatitos blancos de tacón en miniatura y deseaba que mi falda de fallera fuera más larga para tapar aquellas botas negras ortopédicas que ni en estas circunstancias tan festivas me quitaban. Pero para mi desgracia la moda falleril en aquellos años era de faldas cortas, quizá por celebrar por todo lo alto los nuevos tiempos que se acababan de inaugurar en 1976.

Aquellas botas ortopédicas rígidas, negras, que no me dejaban correr, que herían los maléolos internos de mis tobillos pintando mis medias caladas de sangre y que me hacían andar como un pato con los pies para dentro, aquellas botitas mías odiadas hasta la exasperación, un día se me quedaron pequeñas.

Un buen día mis pies se negaron a entrar otra vez en aquellos engendros de tortura infantil. Me acompañaron durante 3 años, incluso las tuve que llevar conmigo a América. Allí mis padres no tuvieron bastante dinero para sustituirlas, ¡qué suerte!

En los primeros tres meses en Urbana-Champaign (Illinois), con 8 años, ya hablaba en inglés con mis amiguitas, entendía los dibujos de la tele, salía sola a jugar al parque sin perderme y, por fin, me crecieron los pies.

Disfruté como una loca de la humilde sensación de estrenar mis primeras zapatillas de tenis, blandas, ligeras, blancas, flexibles. Americanas.

Dejé de andar patizamba y descubrí que ganaba corriendo a muchos niños del barrio. Un barrio diametralmente distinto al nuestro de aquella València gris de los 70. Un barrio lleno de pequeñas colinas cubiertas de césped en verano y nieve en invierno, con árboles y columpios por la calle.

Mis pies desde el dolor pasaron a darme el placer de recorrer praderas y trepar árboles, lejos de los médicos de València, dándole cancha y tiempo a mi cuerpo a crecer sin corsés ni constricciones físicas limitantes.

Aquellas tenis no sólo dieron alas a mis pies, también dieron alas a mi cabeza. Lo que yo no sabía es que dos años después llegaría el día de volver a esa València gris, que me ponía enferma.

Pero las botitas no volvieron. Y yo, también era otra.

